

Galera

Por Jorge Arguedas

Doña Matilde Marín de Soto, —ilustre Gobernadora de San José a partir del ocho de mayo próximo,— es una de las brillantes personalidades políticas del país. Sin un ápice de menoscabo en su exquisita delicadeza femenina, la señora Marín de Soto constituye un notable ejemplo de carácter, recias disciplinas en el trabajo, y vigorosa capacidad de dirigente, que han consolidado a su torno los respetos y la estimación de nuestra colectividad. Tales atributos, indudablemente, serán sumamente valiosos para el ejercicio de un cargo donde la capacidad de mando debe ir unida a una inteligencia diáfana y sólida preparación, porque se trata de gobernar una provincia de cientos de miles de habitantes, donde desarrollan sus actividades los principales sectores profesionales, intelectuales y empresariales del país.

Tenemos, pues, a una singular mujer, —por primera vez en la historia de Costa Rica, al frente de la provincia capital de la República. Si no existiesen admirables ejemplos de la labor llevada a cabo por gobernadoras y alcaldesas en grandes ciudades de los Estados Unidos y otros países de América Latina, saldríamos garantes de que la reforma a la tradición en nuestro país,— con la designación de doña Matilde, —va a constituir uno de los grandes aciertos políticos del nuevo régimen. Porque la nueva Gobernadora, — aparte de sus innatos atributos apuntados anteriormente, posee en grado sumo lo que podemos definir como preocupación social. Y esa permanente disposición y de servicio, de atención a los problemas comunales, de agresión a los obstáculos que se oponen a la buena marcha de la colectividad, es lo que está haciendo mucha falta en la gestión direccional de nuestro municipio.

Se han estudiado admirables proyectos para darle una tónica de progreso y adaptación jurídica, de acuerdo con modernos sistemas, a nuestro régimen municipal. Ya no somos una aldea dejada de la mano de Dios sino que avanzamos, a grandes trechos, hacia un futuro de gran ciudad. El talento femenino crea y organiza, —muchas veces,— que el del hombre, cuando se trata de dar confort, eliminar dificultades, conceder servicios, producir mejoras. Es el instinto generoso de la esposa y de la madre al servicio del bien. Confiamos en que doña Matilde tenga un grupo de colaboradores dignos de su capacidad y sus esperanzas.